

ACRACIA

REVISTA SOCIOLOGICA

Publicación mensual de diez y seis páginas, á una peseta semestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Setiembre de 1886

Año I

N.º 9

La correspondencia administrativa y de redacción dirijase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

EL CAPITAL

I

EL capital es el trabajo acumulado, dicen los economistas. Esta definición nada tiene de irracional. Pero añaden á renglón seguido: Los capitales, hijos del trabajo, se acumulan por el ahorro. Esta segunda parte, comparada con los hechos, no puede ser más bárbara y sangrienta.

Aceptada la definición que con tanto descaro hacen suya la mayoría de los economistas burgueses, vendría á ser el capital un resultado del trabajo productivo, y efectivamente, á mayor cantidad de ahorro, correspondería mayor acumulación de riquezas.

Algunos ejemplos bastarán para dar la razón á los señores economistas, y hacer patente la injusticia de los que negamos la legitimidad de la actual organización capitalista.

J. W. Mackay, el propietario de las minas de plata más ricas que jamás han sido explotadas, posee un capital de 8,000 millones de reales que le reditúan 264 millones al año, ó sean 22 millones al mes, esto es, 700,000 reales al día, que son 42,000 reales por hora, á razón de 700 reales por minuto. Según las definiciones de los economistas, Mackay debe ser algún anciano de inteligencia descomunal, que habrá pasado cada hora de su larga existencia produciendo invenciones tan asombrosas y utilidades de tal índole para la sociedad que, á fuerza de *ahorro*, habrá llegado á capitalizar cantidades considerables.

Desgraciadamente, Mackay no es ningún personaje mitológico. En los Estados-Unidos, su país natal y teatro de sus proezas, todo el mundo conoce su historia. No es ningún anciano, pues sólo tiene unos cincuenta años, á los 25 era un mísero dependiente de comercio, y á los 30 estaba completamente arruinado.

El que sí era un anciano, y fué un inventor notabilísimo, es Thimonnier, modesto sastre de Saint-Etienne, quien inventó las máquinas de coser, cuya fabricación constituye hoy una de las industrias más lucrativas. Pero éste, en vez de tener 700 reales de renta por minuto, murió pobre y desgraciado en Amplepuis, á la edad de 64 años, después de una vida de trabajo, de luchas y de privaciones.

Rothschild tiene más de 4,000 millones de reales; el senador Jones, 3,000 millones; el duque de Westminster, cerca de 2,000 millones; el emperador de Rusia dispone de una renta de 500,000 reales diarios, lo cual no le impide cobrar un sueldo crecidísimo de la lista civil por el improbo trabajo de ser dueño y señor de las vidas, haciendas y concien-

cias de sus ochenta millones de súbditos; Vanderbilt, el patriarca de la Bolsa norte-americana, ha muerto dejando una fortuna casi igual á la de Mackay, ofreciendo la particularidad de haber sido acumulada casi toda en el corto período de treinta años.

Tratándose de riquezas rápidamente amontonadas, la nación que se lleva la palma es, sin duda alguna, la *libre* federación norte-americana. Antes de la guerra esclavista eran pocos los ciudadanos cuya fortuna pasara de 60 millones de reales. Pero la situación ha *mejorado* de tal modo desde que se abolió la esclavitud, que pasan ya de ochenta los afortunados yankees cuyo capital varía de 100 á 2,000 millones. Es verdad que para hallar tales *ahorros* no necesitábamos salir de la Región española, ni mucho menos del antiguo continente, y si nos hemos fijado en los Estados-Unidos ha sido por haber coincidido allí el aumento de desequilibrio social con un hecho tan progresivo y justo como la abolición de la esclavitud de los negros que, según vamos viendo, ha sido reemplazada por la esclavitud económica de blancos, rojos, negros y amarillos. Las masas productoras de estas cuatro razas, libres en apariencia, se disputan á puñetazos los mendrugos sobrantes de los banquetes que ellos mismos preparan á sus señores.

De lo que antecede, fácil es deducir que el ahorro de que nos hablan los economistas no es otro que el que define admirablemente Malon cuando le llama *el ahorro de los productos del trabajo ajeno* (1).

Y es que en la actual sociedad, las nueve décimas partes del capital no son más que trabajo robado. Oigamos á Karl Marx: «El que aspira á ser capitalista se presenta en el mercado provisto de dinero. Empieza por comprar las máquinas, las herramientas, las primeras materias, y para utilizar todo esto, la fuerza de trabajo del obrero, única fuente de todo valor. Por medio de las máquinas, le hace transformar las primeras materias en productos fabricados, que vende luego mucho más caro de lo que le ha costado su fabricación, obteniendo así un aumento de valor (*mehrwerth*). El dinero momentáneamente transformado en salarios y mercancías, vuelve á aparecer bajo su forma primitiva, pero más ó menos crecido, y creando prole: desde áquel momento, ya ha nacido el capital (2).»

Algunos economistas, más sensibles á los latigazos de la lógica y de la razón, admiten que los grandes capitales son debidos á la explotación del trabajo ajeno, sosteniendo empero que los capitales primitivos proceden del ahorro personal. Los que tal afirman, ó discuten de mala fe, ó desconocen por completo las enseñanzas de la Historia. Los trabajadores fueron primero esclavos, luego siervos: en ambos casos, el producto de su trabajo pasaba á manos de sus señores. Si algún hombre libre cometía el desacierto de trabajar y de ahorrar el fruto de sus penas, el bandolerismo militar, autoritario y feudo-clerical se encargaba pronto de demostrarle su error.

(1) *Tratado de economía social*, por B. Malon,

(2) *El Capital*, por Karl Marx.

Terminaremos por hoy, dejando por sentado que los capitales fueron antiguamente fruto de la violencia, del robo y del asesinato; y que en la actualidad son resultados de la explotación del hombre, sostenida y legalizada por todos los poderes.—T.

UNA PREOCUPACIÓN

Pretendida gandulería de los obreros no catalanes

I

Si de lamentar son los excesos cometidos á impulsos de un exagerado amor propio, lo son aun mucho más los que hace cometer un desmedido amor regional ó nacional, que en último resultado no es otra cosa que una variante del amor propio personal.

Es ya inveterado achaque en aquellos que no conocen más que el país en que han nacido no querer conceder que haya nada bueno fuera de su patria. Hay otros que, cegados por un mal entendido orgullo patriótico, no aciertan á ver lo bueno que hay fuera de aquello en medio de lo cual se han criado, ó niegan rotundamente su bondad aun cuando pueden cerciorarse de ella por sus propios ojos.

No queremos entrar ahora en averiguaciones acerca de á cuál de estas categorías pertenecen aquellos de nuestros paisanos que, con motivo de la reciente votación del tratado de comercio con Inglaterra, se han desatado en imprecaciones contra los habitantes de las demás provincias de España, que, en último resultado, ninguna culpa tienen de que dicho tratado haya sido aprobado.

Y es de notar que dichas imprecaciones se han proferido por personas que pretenden pasar plaza de cuerdas y han encontrado eco en periódicos que se nos venden como sostenedores del *regionalismo*. ¡Bonito modo de atraerse partidarios es ese de insultar á provincias hermanas, tanto ó más interesadas que Cataluña en el triunfo de la causa regional!

Mas todo esto nos tendría sin cuidado á no haberse vertido por personas y periódicos la calumniosa especie de que los trabajadores de las provincias no catalanas son un atajo de gandules, con cuya aseveración demuestran conocer á España tan poco como ellos dicen que conocen á nuestro país los prohombres de Madrid.

Hubiéranse proferido esos improperios contra aquellos hombres políticos, cualquiera que sea el partido en que militen, que no tienen más ley que su capricho y que desconocen por completo las necesidades y aspiraciones del país que pretenden gobernar, y todos, catalanes y no catalanes, nos habríamos encontrado de acuerdo.

Mas ¡llamar gandules á los trabajadores de las provincias no catalanas! ¡creer que de este modo ensalzaban á los de éstas! Demuestra ser muy bajo el hombre que para descollar entre todos no encuentra otro medio que el de rebajar á los demás.

Los que tan gratuitamente lanzan esa acusación de gandulería contra nuestros hermanos de las demás provincias ¿los han visto trabajar? ¿Conocen cuáles son las condiciones del trabajo fuera de Cataluña? ¿Se

han preguntado alguna vez qué es lo que harían los trabajadores catalanes colocados en las condiciones en que sus hermanos del resto de España se encuentran? Tenemos el derecho de dudarlo en vista de su conducta.

No hablemos de la industria fabril, porque la sedera, una de las más importantes de Castilla, recibió el golpe de gracia con la expulsión de los moriscos en 1606, reinando Felipe III, y la pañera se hundió al monopolizar el Estado la fabricación de los paños finos en las provincias castellanas en el siglo pasado.

No hablemos tampoco de la industria minera, porque es tan poca la que tenemos en Cataluña, que no se puede decir que la tengamos.

Tratemos sólo de la agricultura, que es el ramo de producción en que mejor podemos comparar la actividad del trabajador de nuestras diversas comarcas, puesto que agricultores son la mayor parte de los trabajadores españoles, y veamos si el abandono en que se encuentran las tierras, de algunas, no de todas ni con mucho, de las provincias no catalanas es debido á la gandulería de sus habitantes ó á otras causas que nadie, que sepamos, ha querido tomarse la pena de estudiar, y se verá cuán poco merecen nuestros hermanos no catalanes el sambenito de gandulería con que han pretendido cubrirles algunos mal aconsejados catalanistas, cegados por un exceso de necio orgullo, que ellos confunden lastimosamente con el amor á la patria.

La mayor parte de los catalanes que acusan de gandules al resto de los españoles en general y á los castellanos en particular, ni siquiera saben de qué color van vestidos los trabajadores no catalanes. Si les llaman gandules es porque se ha convenido en que lo son, y sabido es lo que cuesta desarraigar de entre los hombres todo aquello que es meramente convencional. Dígalo sino el catolicismo: se ha convenido en que para ser honrado hay que profesar esa religión, y, por más que no haya en España dos docenas de verdaderos católicos, todos quieren pasar plaza de tales, y cuanto más malvado es un hombre tanto más empeño pone en cumplir las prácticas exteriores de aquél.

Los que han viajado algo, los que han salido de Cataluña y han llegado hasta Madrid, afirman muy seriamente que fuera de Cataluña nadie trabaja, fundándose sólo en el aspecto de la campiña de las provincias no catalanas. Y realmente este aspecto, salvo alguno que otro oasis que de cuando en cuando asoma en las orillas de algún río, es verdaderamente desconsolador. ¿Mas es esto debido á la gandulería de los trabajadores de aquellas comarcas? Lo negamos rotundamente.

En primer lugar no es exacto que en todas las comarcas no catalanas se cultive mal. Las provincias del litoral del Atlántico, lo mismo que casi todas las de las costas del Mediterráneo, están en general bien cultivadas y no carecen de ninguno de los productos del suelo necesarios para la vida. Donde abundan los yermos y los terrenos incultos es en las provincias centrales. ¿Quiere esto decir que los aragoneses, castellanos y extremeños sean peores trabajadores que los andaluces, asturianos, catalanes, navarros, valencianos y vizcaínos? No. Bastará echar una mirada sobre los

adjuntos estados, para convencerse de que una de las principales causas de la gran diferencia que se nota en el aprovechamiento de las tierras de cultivo entre unas y otras provincias es la gran escasez de brazos que hay en las del centro.

I.—PROVINCIAS EN QUE EL TERRENO ESTÁ MÁS APROVECHADO (1)

PROVINCIAS	Kilómetros cuadrados	HABITANTES	
		Por provincia	Por kilómetro cuadrado (2)
1 Galicia.	29,153'30	1.848,027	67'88
2 Vascongadas.	7,095'09	450,699	64'01
3 Valencia.	22,876'25	1.374,592	51'52
4 Cataluña.	32,196'50	1.752,033	49'37
5 Asturias.	10,894'50	576,352	46'93
6 Baleares.	5,014'11	289,035	46'03
7 Canarias.	7,272'60	280,974	38'63
8 Santander.	5,459'96	235,299	35'58
9 Logroño.	5,041'12	174,425	34'60
10 Andalucía.	87,570'67	3.283,436	32'57
11 Navarra.	10,506'37	304,184	28'95
	223,080'47	10.569,056	45'10

II.—PROVINCIAS EN QUE EL TERRENO ESTÁ MENOS APROVECHADO

PROVINCIAS	Kilómetros cuadrados	HABITANTES	
		Por provincia	Por kilómetro cuadrado (3)
1 León.	54,505'17	1.313,956	23'27
2 Castilla la Vieja (4). . . .	39,222'93	816,765	20'80
3 Castilla la Nueva.	72,160'43	1.627,131	18'04
4 Extremadura.	41,756'88	739,403	17'60
5 Murcia.	26,399'80	670,669	17'38
6 Aragón.	47,389,08	894,991	17'04
	281,434'29	6.062,915	19'02

Esto no quiere decir que dentro de estas mismas provincias no haya terrenos perfectamente cultivados. Las huertas de Zaragoza, Murcia, Alcañiz y Caspe; las hermosas vegas de los ríos Jalón y Jarama; la Alcarria, el Campo de Cariñena, las orillas del Tormes, la ribera del Tajo en la provincia de Toledo y otros ejemplos que podríamos citar, son una prueba de la actividad de nuestros trabajadores agrícolas de esas provincias en las que tantos yermos vemos.

Si tuviéramos que juzgar de la laboriosidad de los habitantes de un país por el aspecto que su campiña presenta, los de la provincia de Barcelona, por ejemplo, podrían acusar de gandulería á los de la de Lérida, porque sus terrenos no están tan cultivados como los de aquella. Tanto es así que se observa tan marcadamente la diferencia al pasar de la provincia de Barcelona á la de Lérida, como al pasar de ésta á la de

(1) Estos datos están tomados del *Censo oficial* de 1877.

(2) Deducidos los ayuntamientos de más de 30,000 habitantes.

(3) Misma observación que para el estado anterior.

(4) Menos las provincias de Santander y Logroño, incluidas en el estado anterior.

Huesca. Mas antes de emitir este juicio hemos de tener en cuenta que la densidad de la población, que en la provincia de Barcelona es de 72'06 habitantes por kilómetro cuadrado, no es en la de Lérida más que de 23'48.

¿Somos los españoles más gandules que los franceses porque éstos tienen mejor cultivado su territorio? No. Lo que hay es que en Francia la densidad de población es doble que en España.

Otras causas hay, además de esa escasez de brazos, que contribuyen en alto grado á esa diferencia que se nota en el aprovechamiento de los terrenos de cultivo en nuestras diferentes provincias; mas reservaremos su examen para nuestro próximo artículo.—G.

A LOS TESALONICENSES

HACE algunos días encontré en una de las calles más concurridas de New-York á un hombre que repartía, á manera de anuncios, hojas de una Biblia.

Siempre que un repartidor me ofrece una circular tengo por costumbre aceptarla, más por ayudarle en su faena que por enterarme de lo que en ella dice el burgués; pero esta vez me equivoqué, pues, como he dicho, lo que repartía el *puritano* eran hojas de una Biblia.

«Si este hombre no es loco, no hay locos en el mundo,» dije para mí; y casi maquinalmente me detuve á observarle. La circunspección con que arrancaba hojas é iba entregándolas á cuantos pasaban; la seriedad de su rostro y lo atento que parecía contestar á algunos que le interrogaban me hicieron vacilar en mi opinión; pero como hay tantos locos circunspectos, y cuerdos que ríen, quise desengañarme, y al efecto entablé con él el siguiente diálogo:

—¿Reparte V. muchas hojas al día?

—Generalmente de 1,000 á 1,500, ó sea Biblia y media.

—No comprendo,—le dije,—qué se proponga V. con esto; me explicaría que repartiera V. Biblias; pero hojas...

—A pocos ó ninguno de los que toman una de estas hojas les faltará una Biblia: en los Estados Unidos se reparten cientos de miles todos los años y se imprimen en todos los idiomas y dialectos conocidos. Mi propósito es simplemente proporcionar al transeunte la oportunidad de fijarse en cualquiera de las innumerables verdades que encierra la hoja de una Biblia,—dijo mi hombre con profunda candidez;—yo estoy retirado de los negocios, agregó, vivo de mis rentas, y el tiempo que debía pasarme sin hacer nada lo empleo en esta buena obra.

No me sentí con fuerzas para seguir oyendo á semejante boa, y me retiré haciendo consideraciones sobre sus últimas palabras: no de otro modo podrían dominar y someter á perpetua servidumbre millones de hombres; una buena parte del dinero que nos usurpan la emplean en mover las prensas, y con tan poderosa palanca logran narcotizar al obrero con el sofisma que sin descanso prodiga el periodista asalariado.

Aquella noche determiné concluir un artículo que había empezado

para ACRACIA, y que, en honor á la verdad y con la franqueza que nos debemos como buenos compañeros, llevaba traza de no concluir, porque contra mi costumbre, me había metido en definiciones que ni son para condensarlas dentro los estrechos límites de un artículo, ni para ser tratadas por quien, como yo, carece de los conocimientos necesarios para el caso. Había titulado mi artículo en ciernes «Socialismo,» y lo que ya tenía escrito decía así:

«Con esta palabra vaga se expresa una multitud de ideas, que en conjunto vienen todas ellas á reformar la sociedad de un modo radical.

»Constituir una forma económica dentro de la cual halle el que produce el fruto íntegro de su trabajo es la primera y más importante de las reformas que el socialismo desea implantar.

»Arrancar de las manos del capitalista los instrumentos de trabajo y depositarlos en las del obrero, armonizando de este modo (único posible) el capital y el trabajo, hé aquí el complemento de la gran obra que está llamado á realizar el socialismo.

»Locura es pensar que el socialismo desea destruir el capital; el capital será siempre el que determine el valor del trabajo concluído. La armonía que defiende hoy el capitalista es la que destruirá el socialismo, porque ella no es otra cosa que la centralización del capital y el trabajo en unas pocas manos con perjuicio del productor, único que tiene derecho á usar en su provecho estos dos factores.

»La esclavitud fué defendida en su principio porque establecía la unión del capital y el trabajo en unas mismas manos, y los que ya en el libro ó en el periódico apoyaban esta horrible institución decían con el mayor estoicismo que sólo así podía asegurarse la paz doméstica. Semejante aberración tenía que merecer el desprecio de todo hombre pensador; en cambio el socialismo ha venido hoy á confirmar que, cambiando los sujetos, la proposición puede ser buena y justa, porque nada hay que armonice más el trabajo y el capital como ponerlos en manos del trabajador en lugar de dejarlos en las del parásito que ha venido disfrutando de ambos por espacio de diez y nueve siglos.

»Mucho podría decirse de todas las escuelas á las que propiamente pueden dárseles el nombre de socialistas, ya sean anárquicas comunistas ó colectivistas, cooperatistas ó Estado socialista.»

Tal era lo que había escrito la noche antes de mi encuentro con el *buen* hombre de la Biblia, tema de este otro artículo: dispúsemme á concluirle aquella noche, pero el momento era malo; el hombre que vivía de sus rentas y que para no pasarse el tiempo sin hacer nada lo empleaba en repartir hojas de Biblia en una esquina de Broadway no se apartaba de mi imaginación.

Cierto que el tema no era malo para una revista como ACRACIA; pero eran tantas y tan encontradas las reflexiones que me hacía que hubiera necesitado de un taquígrafo.

La propaganda, seguía diciéndome en mi soliloquio; sí, el capitalista sabe lo que hace propagando en todas las formas, y subvencionando con

liberalidad á los periodistas, oradores, sacerdotes y á cuantos con su palabra ó con su pluma pueden desfigurar la verdad, perpetuando así la forma inicua de la sociedad actual.

Nosotros podríamos, asociándonos, propagar como ellos; debiéramos cuidar de nuestros pocos periódicos como quien cuida de un hijo querido; deberíamos no ser tan pesimistas y aprovecharnos de las lecciones que nos da el capitalista, y, como hace él, comprar algunos literatos, economistas, oradores, sacerdotes, etc., ya que sabemos positivamente que todos ellos se ofrecen por un salario.

Debiéramos ser más consecuentes y convenir en que un joven pobre que á fuerza de privaciones logra adquirir en una universidad los conocimientos necesarios en artes, ciencias y literatura necesita comer, calzar y vestir, y que, por tanto, ha de acomodar sus conocimientos á defender los intereses de aquella clase que les paga. Y que aquellos que, despreciando las riquezas, se ponen de nuestra parte, necesitan de nuestra ayuda.

Siguiendo este orden de reflexiones hubiera pasado toda la noche á no haberme ocurrido leer las *grandes verdades* que traía la hoja que me tocó en suerte y la cual había guardado sin darme cuenta de ello.

Era la segunda epístola del apóstol San Pablo á los Tesalonicenses; fijé la vista en el cap. III, versículo 10 y encontré en pocas palabras la definición clara y precisa de la palabra *Socialismo*; encontré que lo que aquel hombre repartía era la condenación de su clase, porque el consejo que Pablo daba á los Tesalonicenses, dice así:

»*Porque aun estando con vosotros os denunciábamos esto: QUE SI ALGUNO NO QUIERE TRABAJAR TAMPOCO COMA.*»—J. C. C. New York.

COMUNICACIÓN IMPORTANTE

Compañeros de la Redacción de ACRACIA:

Después de leer en el número 7 el primer suelto de la Miscelánea y luego el artículo á que se refiere, se me ocurrieron varias observaciones que iba á comunicarles; pero me detuvo la idea de que acaso otro hubiera ya hecho lo que yo quería hacer y aguardé la publicación del número 8. Viendo que nadie dice nada, he de suponer que los demás lectores están conformes ó con el compañero Nieva ó con la Redacción de la revista, y como yo no me encuentro acorde con el primero en ninguno de los puntos rectificados por la segunda, ni con ésta en la manera de defenderse en el tercer punto, me veo obligado á molestar la atención de ustedes con la exposición de mis objeciones.

Primera regla para discutir con fruto sobre cualquier asunto es entenderse con respecto á los términos, es decir, que los que discuten no usen el mismo término en diferente sentido. Pues bien, de lo que dice del caballero Fanelli el Sr. D. Teobaldo Nieva, resulta evidente que para él es burgués todo aquel que no es obrero, mientras que para ustedes como para mí burgués es sinónimo de explotador del trabajo ajeno. El hábito no hace el monje, y para ser burgués no basta llevar frac, corbata blanca y guantes, porque entonces serían burgueses también los mozos de fonda, los cocheros y otros; para nosotros no es burgués quienquiera viva de su trabajo personal sin hacer trabajar á otros para él; para el compañero Nieva parece es burgués quien no trabaja en algún oficio manual; burgueses son los profesores de la enseñanza desde el maestro de escuela elemental hasta el catedrático de Universidad; burgueses son los médicos, etc., y si queremos llevar la cosa á la exageración resulta que,

en comparación con el cajista, el tirador, el plegador y otros es burgués hasta el corrector de pruebas. Con buen acierto los fundadores y propagandistas de la Internacional han hablado siempre de los *trabajadores* y no de los *obreros*; por lo demás, no me extrañaría nada si viera que el compañero Nieva ú otro de sus ideas calificara de sociedad burguesa á la Internacional.

En vista de las disputas estériles á que da lugar la palabra burgués, convendría suprimirla del todo del vocabulario sociológico y sustituirla con otra inequívoca. Así, por ejemplo, al hablar de *cierta escuela burguesa* el compañero Nieva ha querido decir *cierta escuela socialista*, á su entender, *poco radical, pastellera*, algo por el estilo de lo que los alemanes llaman «socialismo de cátedra» ó «de catedráticos.» La misma confusión ó falta de claridad resulta del uso que Nieva hace de las palabras *colectivismo*, *comunismo* y *producto íntegro*. Es preciso fijarse bien en lo que dice, leyendo dos ó tres veces algunos de sus párrafos para desentrañar lo que quiere decir. No hay medio de entendernos, si á cada uno es lícito emplear las palabras en el sentido que á él se le antoja darles. La prensa sociológica tiene la misión de difundir los conocimientos, de universalizarlos, para que llegue cuanto antes el día en que todo individuo humano esté igualmente imbuído en los principios fundamentales de la ciencia. Para conseguir esto debe evitarse todo lo posible el uso indistinto de palabras tan esenciales como son colectivismo y comunismo por representar dos escuelas distintas. Comunistas eran los primeros cristianos, comunistas son todavía muchas sectas religiosas, mientras que el colectivismo no ha salido aun del terreno de la teoría, de la razón pura. Es cierto que el nombre no hace á la cosa, pero no es menos cierto que hace mucho á la discusión sobre la cosa, y por esto, para que nos entendamos sin gran esfuerzo de memoria, es preciso que al menos dentro de ciertos límites todos entendamos lo mismo por una palabra dada. Cuando hablamos del comunismo, sin otro calificativo que especialice la idea, entendemos un orden social en que todo es de todos sin distinción de colectividades, y cuando hablamos de colectivismo, entendemos un orden social cuya esencia estriba precisamente en la organización de las colectividades independientes. Claro es que dentro de una colectividad dada puede haber comunismo, pero este comunismo parcial dista mucho de lo que se llama comunismo en oposición á colectivismo. Bastante distinto me parece, v. gr., que el pan que se cuece en una población pertenezca á la colectividad de los panaderos ó que pertenezca á toda la población. La circunstancia de que en la sociedad organizada por colectividades nadie puede carecer del pan que necesita, no constituye comunismo, no hace que sean *idénticas* las dos ideas de colectivismo y comunismo, por más que el resultado final práctico para el individuo sea igual.

La cuestión del *producto íntegro* es ya una cuestión de detalle que cada colectividad arreglará á su modo cuando esté constituida; por ahora lo que hace falta es precisamente la organización de las colectividades en el sentido colectivista.

En cuanto á la acusación que el caballero Nieva dirige á los colectivistas españoles de haberse hecho dogmáticos y exclusivistas, oponiendo barreras insalvables á la discusión, no me ha llamado la atención nunca que los acusados hayan sido más intransigentes ni más absolutos en sus afirmaciones de lo que ahora lo es su acusador. Por lo demás es muy natural y lógico que los colectivistas defendamos el colectivismo y consideremos como de los nuestros tan solo á los que opinan como nosotros; en esto los socialistas nos encontramos por ahora en el mismo caso que los partidos políticos, v. gr. los republicanos, con la única ventaja que no reconocemos jefaturas, y por esto es más fácil que un día lleguemos á opinar todos de la misma manera, como ya ahora resulta que si quitamos al artículo del compañero Nieva toda la hojarasca oratoria hasta encontrar del largo discurso el breve sentido, es muy poca y tal vez nula la distancia que nos separa.

Finalmente, con respecto á las palabras de revolución social, evolución legal y procedimientos de fuerza hay otra confusión de ideas que ha enconado muchas veces la discusión, que ha sido y es aun hoy una rémora del progreso porque dificulta la inteligencia entre los diversos elementos socialistas, entre los trabajadores manuales ú obreros y los que muchas veces han de ganarse lo que necesitan para vivir en condiciones á todas luces peores que aquéllos. Ya es hora que cese en las publicaciones socialistas el abuso de las palabras *revolución y revolucionario*; ahora ya todo socialista que escribe para socialistas podría tener en cuenta esta circunstancia, haciéndose bien cargo de que no se dirige á un partido político hambriento del poder por una temporada más ó menos larga, cosa alcanzable, según demuestra la experiencia, por medio de una bullanga, de un pronunciamiento, de un procedimiento de fuerza, el cual si sale bien favorece tan sólo á un corto número de individuos, y si sale mal no perjudica sino á unos cuantos infelices. Todo socialista es revolucionario, porque desea la revolución social, pero ningún socialista de sentido común es revolucionario en el sentido político de la palabra. Por revolución social entendemos nosotros un cambio radical del modo de ser de la Sociedad para siempre, *in sæcula sæculorum*; no para unos cuantos meses ó años. Es una vuelta entera que ha de verificar la Sociedad entera, y para que pueda verificarla es preciso que las entidades que la componen tengan idea clara de lo que se trata de plantear; de lo contrario el objeto de la revolución social, que no es otro que sustituir con una armonía cabal el desbarajuste actual, colocando á la Sociedad en equilibrio estable, se frustraría infaliblemente, aun cuando las tentativas aisladas que predicán los que ponen cierta vanidad en llamarse anarquistas revolucionarios tuvieran un éxito momentáneo. Mucho más merece el nombre de revolucionario el que trabaja pacíficamente con perseverancia y ahinco para el advenimiento definitivo de la revolución social, que el que, exponiendo locamente, en un arrebató de entusiasmo, su vida y la de otros en un motín que no puede conducir á nada estable por falta de base en que descansar, hace perder un tiempo precioso provocando una reacción más ó menos paralizadora de la marcha general. Apelar á procedimientos de fuerza cuando no se tiene la fuerza necesaria para conseguir su objeto, es simplemente un acto de locura, igual al que á veces en los manicomios comete algún albergado que con el afán de salir de su prisión se estrella la cabeza en la pared, ó que comete un cazador impaciente soltando un tiro á una distancia mayor de la que bien le consta alcanza su escopeta. Conviene declarar muy alto para que todo el mundo se entere, que los revolucionarios socialistas, ó más concretamente los colectivistas, nos reservamos el empleo de la fuerza para cuando estemos convencidos de que la tenemos, como ahora ya estamos persuadidos de que entonces no encontraremos resistencia seria sino por parte de algunos locos que intentarán contra nosotros los mismos procedimientos de fuerza que nosotros condenamos ahora como contraproducentes. No se me borrará de la memoria una escena que presencié en 1870 en la cumbre del Monte-Cenis, donde quedamos parados varias horas esperando la llegada del tren opuesto. Un viajero desesperado increpó duramente al jefe de la estación, y al disculparse éste con la fuerza mayor de la nieve que había caído sobre la línea, aquél, hombrón alto y fornido, exclamando «¡qué fuerza mayor!» coge al empleado, le levanta al aire y le vuelve á poner de pié no muy suavemente diciendo: «esto es fuerza mayor.» El empleado muy tranquilamente toca un pito y acuden cuatro guardias á los que hace conducir á aquel hombre á la sala de espera para embarcarlo luego en el tren que iba á Saint-Michel, de donde veníamos y donde le procesarían por desacato á la autoridad. Con mucho trabajo logramos después los demás viajeros que á aquél se permitiera continuar el viaje á Turín, dando satisfacción al empleado diciendo que la desesperación por no llegar oportunamente le había hecho perder la chabeta. Menos ruido y más nueces es lo que hace falta. La organización de las co-

lectividades es el único trabajo revolucionario práctico, inmediato que podemos hacer, al mismo tiempo que ir discutiendo con claridad y el menor número de palabras que á cada uno sea dable emplear, los principios generales en que pudiera descansar la Sociedad futura, evitando siempre la pretensión de infalibilidad que implica el uso del verbo *deber*. Nos incumbe estudiar cuáles *podrán* ser las soluciones de los diferentes problemas; el fijar cuál *deberá* ser la resolución no pertenece á ningún individuo ni á ninguna fracción de colectividad.—L. S. C.

A «ACRACIA»

QUERIDOS amigos y compañeros:

Q Espero merecer de vuestra lealtad y buena fe, insertéis en la revista ésta mi réplica á la rectificación que el Consejo de redacción de la misma dió en la Miscelánea del número 7, á tres puntos capitales del artículo que publicasteis, V de mi obra inédita *Capacidad revolucionaria de la clase obrera*.

Estoy en la firme persuasión de que los que sintamos la civilizadora y justiciera idea anárquica ó *acrática*, como vosotros con tanto acierto la habéis llamado, no nos hemos de aferrar por modo alguno á cualquiera de los conceptos que emitamos, si nos acusasen ó demostrasen error, pues éste es achaque de la soberbia y pretencioso amor propio de los dogmáticos y de los defensores autoritarios de cuantos absurdos sostienen el actual orden social.

Por lo que á mí respecta, os aseguro que, buscando, como busco, la verdad, si anhelo la discusión, la más amplia que pueda darse, si vitupero severamente á los que levantan valladares para impedir la libre entrada en el palenque de la contradicción y choque de las ideas, no es sólo porque imposibiliten así el manejo de las armas y la pública ostentación de su temple, sino porque evitan el ansiado triunfo de la verdad. Y, yo declaro, que mi mayor gozo sería, no sólo someterme al vencedor, siempre que la verdad resplandeciese á sus embates, iluminando las conciencias con sus irresistibles fulgores, sino que desde ese instante, me tendría aquél á su lado como partidario y refuerzo, válido ó no, para seguir combatiendo por ella con todas mis potencias, en lo que de mi nulidad dependiera.

Entre el *Colectivismo* y el *Comunismo*, ambos *anárquicos*, se ha trabado ya el duelo, y es preciso que sus respectivos campeones, así como están poseídos de la misma aspiración, lo estén también de rectas y sanas intenciones para depurar la verdad, proclamarla y servirla, porque de ella depende la redención humana. ¡Bien puede afirmarse que ese duelo es de mucha más trascendencia que el *juicio de Dios* de las bárbaras edades pasadas, para salvar á los proletarios todos, y de una vez para siempre, ó bien crear otro nuevo proletariado después de la revolución social misma!...

Ved, pues, compañeros, en mi sentir, si debéis *juizar volver sobre este asunto*, frase con que comienza vuestra referida miscelánea.

Entro en materia.

Para rectificarme, habéis dicho: «Que no creéis en la existencia de un burgués, ni menos en una agrupación de burgueses, que profesen el principio de dar al obrero el producto íntegro de su trabajo, porque esto implicaría la renuncia de todos sus privilegios y riquezas.»

Y yo os replico, repitiendo las mismas afirmaciones de mi artículo, no sólo que el *producto íntegro*, «ha sido propagado de una manera muy *abstracta* por cierta escuela burguesa,» sino que esa misma escuela lo sostiene aún llamándose *colectivista*, enfrente del *Comunismo anárquico*, que, saliendo de la abstracción metafísica, proclama, «que todo individuo debe dar á la sociedad, según sus fuerzas, y que,—ésta en la mutualidad del deber y del derecho,—debe asimismo á todo individuo la satisfacción y conservación propia, según sus necesidades.»

El cómo y manera, según yo comprendo, se identifican ambos conceptos,

que sigo calificando *producto íntegro*, pues el del *Comunismo anárquico* representa para mí la fórmula más avanzada de la integridad social y económica del sér humano, pueden verse en ese artículo en cuestión y en los restantes de mi obra, que, dicho sea de paso, ojalá publique cuanto antes.

Cierto, ciertísimo, que los burgueses, bien hallados y satisfechos, que los burgueses, digámoslo así, que *actúan como tales*, sacando de ello en esta revuelta sociedad *honras y provechos*, están lejos de profesar el principio de dar al obrero el producto íntegro, no digo en *concreto* como lo entienden los comunistas, pero ni aun siquiera en *abstracto*, cuál es la aspiración de los colectivistas. Conformes en esto; pero no es menos cierto que en mi citado artículo no hago afirmación tan gratuita, que me valdría con sobrada razón y justicia el calificativo de *harta ligereza en el correr de la pluma*, con que la Miscelánea, objeto de esta réplica, me fustiga.

Lo que sí digo en él y sostengo, queridos compañeros, es que *cierta* escuela burguesa ha propagado el concepto del producto *íntegro* «de una manera muy abstracta,» y que «el caballero Fanelli, vino á España con objeto de esta propaganda.»

Esta es la escuela á la que he puesto la palabra *cierta* subrayándola, pero aún hay otra, en Alemania, también de burgueses, que propaga la integridad de su producto para el que lo crea. De modo que, tenemos dos escuelas, en vez de una, que combatir. Sólo que á la primera se han unido los trabajadores que proclaman la liquidación social. Y aunque sea extraño haber burgueses que acepten esta última idea, no lo parece tanto, si consideramos que son pocos los burgueses acomodados que aspiren á este hecho capital de la revolución del proletariado y que, además, entre la generalidad de los burgueses que así sienten, lo mismo que entre los que no se asustan de estos conceptos, puesto que *lo fían tan largo*, á la evolución de los tiempos, que por eso están tranquilos y pueden entregarse con toda calma á las elucubraciones sociológicas si éstos son sus estudios predilectos. Lo que no declarará jamás ningún burgués en público es ser partidario de la liquidación social.

Ahora bien. Como quiera que el producto íntegro como lo entienden algunos colectivistas (los más), en unión, sin quizá saberlo, de esa *cierta* escuela, y máxime si aceptan sólo los procedimientos legales, como en sus periódicos han preconizado aquéllos en distintas ocasiones, á pesar de que en la referida miscelánea se dice *no ser cierto*; como lo entienden, repito, algunos colectivistas, no da al obrero, al despojarlo por el privilegio, el perfecto concepto de su derecho á la vida y á la propia conservación, en todas sus exigencias y manifestaciones, y dilata, por lo tanto, la revolución social, pues no despierta la indiferencia del proletariado, que juzga todavía, en su falta de capacidad revolucionaria, muy difícil y aleatorio poder, ahora ni nunca, gozar de todo el bienestar apetecible sólo á cambio de su trabajo, y la despierta menos esa perniciosa indiferencia, si sólo se le hace vislumbrar, para consolarle, la dulce esperanza de que en un porvenir muy distante deberán eliminar á sus patronos y explotadores y que entonces serán retribuidos *tal como produzcan*, que este y no otro es el concepto firme del producto íntegro según los colectivistas.

No tiene nada de *incierto*, y es preciso que lo sepa el autor de la miscelánea, que, como amante de la revolución que es, debe estar prevenido contra sus encubiertos enemigos, ora conscientes, ora inconscientes, que una escuela burguesa, y aún muchos aspirantes á burgueses (y hasta entre los obreros los hay) procuren mistificar los altos principios revolucionarios, bien con la mira de escamotear la revolución de los pueblos, como siempre lo han verificado los ambiciosos, bien con la maquiavélica idea de salvar el privilegio, único atractivo de la humana flaqueza, aspiración única que impulsa en el naufragio, entonces, cuando se siente con más viveza el grito salvaje del egoísmo.

Sí, compañeros, pues qué otra cosa sería, si no salvar el privilegio, el concepto de que el hábil, el fuerte, ó el que mejores condiciones alcanzase, ya

por el terreno, en los trabajos agrícolas, ya porque sus productos fuesen más aceptados, bien por su peculiar carácter, simpatías que pueda captarse, ó por cualquier otro motivo, consideraciones que pueden extenderse á todo un oficio, y aun á toda una comarca, satisficieran bien y colmadamente sus necesidades todas, sin gran esfuerzo y con comodidad y beneficio sumos, mientras que el débil, el torpe, el poco simpático,—que ciertos privilegios naturales serán eternos, y nosotros sólo vamos contra los facticios,—ó el menos favorecido por la naturaleza ó por las circunstancias, hubiera de conformarse con la triste y misérrima *integridad* de un producto escaso, tardío ó ruín, que menoscabase el *derecho á la vida*, y su complemento *común* á todos los seres, por lo que su derivativo *comunismo*.

¡Ah!... Ved, compañeros, como en vez de ser *harto ligero*, lo que fui y continuaré siendo en estas cuestiones, sin la más lejana duda, es, por el contrario, de pesadumbre, ya que no *harta*, interna, constante.

Con respecto al caballero Fanelli, tampoco dije nada *incierto* en lo que me ha sido dable saber y mucho menos, puesto que confirmado está en la miscelánea que él fué el apóstol de la Internacional en España, y en ella, esta asociación, es puramente colectivista y del concepto del producto íntegro, según las obras y capacidad del que lo elabora.

Que «*no es cierto* que el dogma del producto íntegro haya petrificado la inteligencia de los trabajadores españoles, antes al contrario, etc.»

¡Ojalá no lo fuese, compañeros, y me hubiese engañado la experiencia de diez y ocho á veinte años, hasta el mismo día de hoy, de haber sufrido por lo contrario, y con bastante sentimiento, dolor y desengaños míos!... Trabajador ha habido que me ha dicho discutiendo, que «si el producto íntegro era como yo lo entendía, primero se haría carlista que continuar siendo colectivista.» Si esto no es petrificarse y aún mucho más, que lo digan los compañeros mismos. En contra del aserto de la *evolución legal*, por último, se me citan los sucesos de *Alcoy* y los *meetings* para celebrar la *Commune*. Y yo, para no ser por esta vez *harto pesado*, en contradicción con la miscelánea, sólo os diré, en conclusión, que ni lo de *Alcoy*, ni aún la misma *Commune*, por más que esos movimientos y rebeldías son efectivamente *ilegales*, ni las manifestaciones mismas, á mayor abundamiento, para celebrar el memorable alzamiento del pueblo de París, no sólo no constituyen todas las *ilegalidades* que el proletariado debe acometer, pero que ni aún tampoco merecerían, en un todo la conformidad de esa *cierta* escuela á que yo me he referido y que entiendo acepta por ser hechos consumados.

Lo inconcebible es que el compañero autor de la miscelánea no sepa ó no recuerde que hay una escuela alemana, con el gran sociólogo Schaeffle á la cabeza, que proclama el producto íntegro y algo más progresivo que lo entienden los colectivistas, pues es nada menos que la *solidaridad en la producción y en el consumo*. Sin embargo, esta escuela deja en pie el capital, la idea religiosa y el Estado, los privilegios, en una palabra, con todas las consecuencias que de ellos se desprenden, aunque aunados todos en el fin social común.

Y no tiene nada de contradictorio, en verdad, ese socialismo de la escuela alemana, muy lejos, no obstante, del colectivismo. Pues qué: ¿acaso os hacéis la ilusión de que sea incompatible con el capital el concepto del producto íntegro, como mezquina consecuencia de lo que el trabajador gane por su sólo esfuerzo y como retribución, que para mayor escarnio califican de *justa*, por su mayor ó menor habilidad y por su actividad más ó menos desenvuelta?

Pensadlo bien, compañeros, y encontraréis lógico, que hasta los mismos burgueses al sostener sus derechos á la ganancia del capital, invoquen también la *integridad de su producto*, esto es, el producto de su esfuerzo y actividad, aquello que, según los economistas, les pertenece por la exposición y empleo de sus capitales, y como legítimo resultado de su industria y de sus afanes en unión de los obreros, cuya fuerza de trabajo necesitan y alquilan como factor complementario de la producción en general.

¡Ah compañeros! Todos los conceptos pueden tergiversarse, mezclarse y confundirse, todo está sujeto al sofisma y se han tergiversado, mezclado y confundido siempre, en esta sociedad, para perpetuar, con intención ó sin ella, el absurdo, la inquietud y hasta el crimen.

Y el deber principal de los que la combatimos, lejos de establecer dogmas, es estar siempre *en guardia*, vigilantes, para depurar los conceptos hasta su quinta esencia, y no ser optimistas, ni aún pesimistas, sino positivistas de la realidad de las cosas, y, sin dejar por eso de tener confianza en los hombres, no descansar, sin embargo, demasiadamente en ellos, sino tender cada vez más á desenvolver criterio propio, íntimo convencimiento, independencia, finalmente, en todas nuestras ideas, como asimismo en nuestros actos, aunque reformándolas y transformándolas, incansablemente, por la comparación y la controversia, fija siempre nuestra mirada intelectual, en el grandioso y sublime objetivo de los ideales que la invocan.

Bajo este punto de vista, queda reconocido á vuestras rectificaciones y os suplica se reiteren

Vuestro siempre leal compañero y amigo

TEOBALDO NIEVA.

MISCELÁNEA

EL suelto sobre la estadística de los idiomas publicado en la página 71 (final), tomado de un colega político, contiene las siguientes pequeñas inexactitudes: 1.ª Hoy ningún lingüista admite más de 1,000 idiomas en el mundo. 2.ª Del *sanscrito* se deriva un solo idioma europeo (si es que se le quiere considerar como idioma tal), el de los *gitanos*; los idiomas que se derivan más ó menos directamente del *sanscrito* son los que se hablan en el centro y el norte de India, en cuya parte meridional se hablan unos idiomas enteramente distintos que forman el grupo de los *dravidas*. Para los más de los idiomas europeos el *sanscrito* es á lo sumo *tío*, no *padre*, pudiéndosele considerar como hermano del latín, kelta (no debe decirse *celta*), godo, eslavo, griego antiguo, ilirio y zend (persa antiguo). 3.ª Lo que dice el suelto en cuanto á los idiomas del Asia, queda rectificado en parte por lo que se acaba de hacer constar con respecto al *sanscrito*, hay que añadir que *tártaro* (no *tártaro*) y *sibérico* forman un solo grupo llamado *uralo-altáico* por unos, *finés-tártaro* por otros y *turanio* por el inglés Max Müller y *escita* por el americano Whitney, al que pertenecen también el *turco*, el *húngaro*, el *finés* y muchos otros idiomas de la Rusia europea. 4.ª Los idiomas de Africa son bastante conocidos y estudiados por los lingüistas que distinguen en el Norte y Este el grupo *hamito-semítico* y en el Sur y Oeste el grupo de las lenguas *Cantu*. Con respecto á Australia, si se entiende el continente, tiene razón el autor del suelto, pues no se conocen más que los idiomas del Sur; mas si, como parece, por Australia entiende Oceanía, se equivoca grandemente, porque se conocen bien los idiomas de las islas, grandes y chicas.

Nuestro colega de Londres: *The anarchist, communist and revolutionary*, en su número de Agosto publica con letra gorda el siguiente suelto:

«El anarquismo tiene dos aspectos: el político y el económico. La parte política de su programa afirma el principio de la libertad individual, limitado solamente por la libertad igual de todos, esto es, la igualdad de derechos. Su única regla es el derecho recíproco de cada uno de hacer lo que le da la gana con tal que con esto no resulte limitada, es decir, infringida la misma libertad de otros. La parte económica de su programa es complementaria de la política y sujeta exactamente á la misma reserva en la definición. Afirma, pues, el anarquismo como necesaria la igualdad de condiciones políticas y económicas y quiere decir con esto la emancipación de la tierra y del trabajo de la esclavitud en que los tiene el capital organizado, que es su hijo. En una palabra, se trata de la abolición del gobierno de un hombre por otro y de la explotación de un hombre por otro. El anarquismo es el único procedimiento posible para conseguir la extinción de los parásitos humanos de la sociedad y para librar al pueblo de los dominadores y de los ladrones del mundo.»

¿Dónde está el comunismo en este programa?

Nuestro estimado colega *La Tribune des Peuples* hace un llamamiento á la prensa socialista para que se interese á favor de la mísera provincia turca de Armenia, cuyos

habitantes están ya á punto de desaparecer bajo la férula del despotismo otomano.

Según se deduce de una correspondencia de Van (Armenia), publicada por el citado periódico, hasta los mismos propietarios se ven obligados á destruir sus viñas con objeto de librarse de los martirios que les hace sufrir la codicia musulmana.

Está visto que los sectarios de Mahoma no son mejores que los de Cristo.

Cuando pensábamos escribir una ligera réplica á la segunda comunicación de nuestro amigo Nieva, inserta en el presente número, hemos recibido otra, que también publicamos hoy bajo el epígrafe de «Comunicación Importante,» que nos ahorra este trabajo. Con ella estamos conformes hasta en lo que nos rectifica.

Por otra parte como, según dijimos en nuestro programa, «anhelamos que socialismo y sociología converjan en un mismo punto,» y en este importantísimo asunto queremos que la verdad brille perfecta y absoluta, y esto sólo puede obtenerse con el concurso de la pluralidad de inteligencias, nunca por la inteligencia individual, continuaremos estudiando y admitiendo el concurso de cuantos nos quieran ayudar en estas tareas libre y desapasionadamente.

Nos proponemos hablar á la inteligencia, no al sentimiento; por eso nos servimos de la razón y huimos del apasionamiento y del personalismo. Estas condiciones que nosotros nos hemos impuesto, han de reunir las nuestros colaboradores, sin lo cual nos veremos privados de dar curso á sus trabajos.

BIBLIOGRAFÍA

Química de la Cuestión Social ó sea organismo científico de la Revolución. Pruebas deducidas de la ley natural de las ideas anárquico-colectivistas, por Teobaldo Nieva.—Se trata de la obra de un amigo, de un correligionario: seremos, por lo tanto, severos en nuestros juicios, empezando por hacer notar los defectos de que el libro adolece.

Nótase en la exposición de las doctrinas, poco método y bastante difusión; las consecuencias que saca el autor de los fenómenos naturales no son siempre *a fortiori*; sus buenos deseos le llevan á veces á exagerar las probables aplicaciones de la ciencia en épocas no lejanas, y por fin hay un lujo de vocablos técnicos, indispensables muchos de ellos, pero cuyo número hubiérase podido reducir algo en aras de la mayor claridad. A la obra van unidos varios artículos, alguno de ellos flojito, y lo bueno que encierran se encuentra ya en el libro aunque con palabras distintas; así es que aconsejamos al autor los suprima al hacerse la segunda edición de su obra, que deseamos sea pronto.

Otra cosa debemos aconsejar á nuestro amigo, máxime sabiendo que tiene otras obras á punto de publicarse, y es que no pierda de vista que libros de la índole del suyo, científicos á la vez que sociológicos, no pueden escribirse como los sueltos de los periódicos de batalla, y que debe, por lo tanto, ser muy parco en calificar á sus adversarios. Teniendo, como nadie puede menos de reconocerlo, una habilidad nada común para deducir resultados contundentes de los principios científicos y filosóficos, contétese con dejar al enemigo bajo el peso de sus lógicas conclusiones, y deje al lector el cuidado de escoger los calificativos, que no serán éstos á buen seguro menos enérgicos y merecidos que los que con tan mal acierto usa el autor.

Hemos empezado por apuntar los defectos, para tener luego la libertad de analizar, admirar y saborear las innumerables bellezas de la obra.

Empieza el autor por hacer patente el antagonismo que existe entre la ciencia del Hecho y la ciencia del Derecho, ataca á los que admiten los hechos consumados y como coronamiento de sus argumentos hace una brillante excursión por las cuatro épocas geológicas que constituyen la historia de la tierra. Las definiciones que da del Derecho y del Deber son notables, á la vez que originales y atrevidas. «Derecho es, dice el autor, la exigencia imperiosa, ineludible, que surge de la propia naturaleza, que irresistiblemente todo sér, todo organismo siente y conoce para asimilarse cuanto necesite para su conservación y desarrollo de sus aptitudes, en relación directa con las necesidades de la vida, con la relación material del sér, física é intelectualmente considerado, á fin de que esté al alcance de todos producir su propia realidad.»

A su vez, «el Deber es la irrecusable precisión de satisfacer al Derecho. Esto es, el pago mutuo. El Deber da, el Derecho exige.»

Antes de entrar de lleno en el desarrollo de los principios anárquico-colectivistas, rechaza el autor, con acierto y valentía, los argumentos de los defensores de la desigualdad social. El siguiente párrafo es verdaderamente digno de ser mencionado: «Lo que hay entre los hombres es, según el autor, distintas funciones, condiciones encon-

tradas, diversas aptitudes, con las que irremisiblemente se nace, y que, si bien se mira no diferencian tanto á los individuos entre sí. En lo que sí hay diferencia es en las distintas especialidades de cada uno, en la *calidad*, no en la *cantidad*, y otras veces al contrario, y no obstante, en la armonía de estas facultades que caracterizan la actividad humana hay proporcionalidad, y como las razones de los términos de toda proporción son iguales, hay igualdad proporcional en todos los hombres ante el derecho lo mismo que ante el deber, y todos nacen para realizar igualmente la potencialidad de su sér, y esta es la única igualdad lógica, científica y por lo tanto posible.»

Como primera consecuencia de su definición del derecho, establece el autor el derecho á la vida, y demuestra además cómo aquélla viene sancionada por las leyes generales de la biología. Al tratar del trabajo, divídelo en individual y colectivo, haciendo notar que este último aumenta considerablemente la potencia y valor de la fuerza productora. Esta división hácela extensiva á los fines del trabajo, también individuales y colectivos, cuales son los productos usuales y los cambiables, y pasa á estudiar la equivalencia del trabajo, de los productos y de los valores: «Trabajo es, dice, todo gasto de fuerzas reproductivo, individual y colectivamente, en relación con los fines reales, racionales y sociales de la vida humana.» Y en otro lugar: «El Trabajo es la prueba más fehaciente de la dignidad y autonomía del sér, y de que su sustantividad es en sí y por sí. Yo pienso, luego existo, decía Descartes. Yo trabajo, luego soy, decimos nosotros. Yo trabajo, luego soy libre, luego me pertenezco, no puedo servir de medio, tengo en mí, por mí y para mí, mi propio fin y existencia; esto es, soy *autónomo*, nada ni nadie me rige sino por la inclinación de mi impulso, ó sea voluntad, y por el consentimiento soberano de mi razón, y además, mi fin es el fin de todos los humanos y el de todos es el mío.» No puede darse afirmación más categórica del principio anárquico, deducida de la dignificación del trabajo. Y sin embargo, el autor no saca de las anteriores palabras ninguna consecuencia importante, entreteniéndose en cambio en hacer luego un verdadero curso de ciencias físico-químico-matemático-naturales para deducir de ellas la demostración científica de la Anarquía y del Colectivismo. En cuanto al primero de estos conceptos, no puede estar el autor más lógico y afortunado; referente al segundo, no podemos decir lo mismo, desgraciadamente: y no es que no esté tratado con maestría el problema económico, pero éste no se halla resuelto todavía en sus detalles: no pasa lo mismo con el problema anárquico, el cual se halla resuelto ya científica y filosóficamente, y que el autor ha desarrollado del modo más acabado.

Haríamos interminable esta crítica si nos entretuviéramos en extraer las innumerables bellezas en el libro contenidas, que tratan de este particular. En cuanto al problema económico, ha tenido el autor el buen acierto de poner el dedo en la llaga: «El producto íntegro, dice, es un concepto económico que muchos tienen extraviado y que ha extraviado á muchos, llevando á unos hasta el comunismo y á otros hasta el individualismo más salvaje y abusivo.» Pues ahí está. Interín no se resuelvan las dificultades que por uno y otro lado se presentan, cada individuo dará al producto íntegro la extensión que más se acomode á su criterio, y resultará comunista ó colectivista, ó un término medio, pero la dificultad sigue sin resolver. El comunismo es altamente humanitario, pero impracticable; el colectivismo parece mucho más fácil de poner en práctica, pero amenaza dejar en pié las desigualdades sociales. Esto es hablar con franqueza, pues lo declara un colectivista.

El último capítulo de la obra trata del amor, y es sin duda alguna el mejor y más contundente de todo el libro. Demuestra el autor que es ley moral, física y social que los seres, después de nacer, crecer y desarrollarse deben agradarse, buscarse y encontrarse. Hace una magnífica defensa del amor libre, deducida de la ley natural y del principio anárquico, llegando á consecuencias radicalísimas en el orden moral, consecuencias que muchos repugnarán, pero que no dejan de ser lógicos resultados de las ideas revolucionarias, de la ciencia y de la verdadera libertad.

Resumiendo; la obra es buena, tiene el mérito de ser la primera de esta índole publicada en la Región Española. Felicitamos muy de veras á su autor, á quien rogamos nos dispense haber sido sobradamente severos, debido á la seriedad de nuestra revista y á la amistad que con él nos une, que hasta en esto nos hemos de diferenciar de nuestros adversarios.

A todos nuestros lectores les aconsejamos lean la obra de Nieva, la estudien y la mediten; que se hagan cargo que no están leyendo una novela, y sí estudiando un libro de texto. Así y sólo así, sacarán de la obra resultados provechosos. Hacemos extensiva nuestras felicitaciones á cuantos han contribuido á que la obra se haya publicado, pues creemos está llamada á dar magníficos resultados en pro de nuestras ideas. — T.

Establecimiento tipográfico-editorial LA ACADEMIA, de E. Ullastres, Ronda de la Universidad, 6, Barcelona